

cipadamente, con esa prudencia propia de la gente del pueblo.

—No, hoy no... ya te escribiré... pero ten cuidado, ¡demonio!... tu tamboril tropieza con todo y hace un ruido infernal.

Ahora me avergonzaba yo del tamboril y temía que se oyera. ¡Qué alegría! ¡Qué bien respiraba cuando me vi de nuevo en el coche! En ocho días no me atreví á pasar por el teatro.

Algún tiempo después fué Buisson á verme.

—¿Y ese contrato?

—¿Qué contrato?... ¡Ah, sí!... el contrato... Pues, hijo, Hostein vacila... No se atreve... Como no entiende de eso...

—Es un imbécil.

Al oír el tono agrio y duro con que el pobre músico pronunció aquellas palabras, me di cuenta de toda la importancia de mi crimen. Embriagado por mi entusiasmo y mis elogios, loco, perdido, el tamborilero provenzal había llegado á tomar en serio que era un grande hombre y creía—¡ay, yo se lo había dicho!— que en París le esperaban triunfos ruidosos. ¡Cualquiera detiene un tamboril

que rueda así, estrepitosamente, por la pendiente de las ilusiones! Ni siquiera lo intenté, porque habría sido insigne locura y trabajo perdido.

Buisson, por otra parte, tenía ya otros admiradores, por cierto muy ilustres: Feliciano David y Teófilo Gautier, á quienes Mistral había escrito al mismo tiempo que á mí. Almas de poeta y de soñadores, fácilmente seducidos y dispuestos á abstraerse, el autor de un *Viaje á Oriente* y el músico del país de las rosas no habían tenido mucho que hacer para formar con la imaginación un paisaje entorno de las rústicas melodías del tamboril.

El uno, al oír los trinos del pito, creía estar viendo las arenas de su Durance natal y las terrazas de sus ribazos de Cadenet; el otro soñaba aún más, y encontraba en el monótono y sordo sonar del tamboril no sé qué reminiscencia llena del sabor al *Cuerno de Oro* y á las *derboukas* árabes.

Los dos se habían enamorado, por vivo y súbito capricho, del talento verdadero, aunque fuera de lugar, del pobre Buis-



son. Hicieron durante quince días qué sé yo cuántos reclamos interesantes. Todos los periódicos hablaban del tamboril; los ilustrados publicaban su retrato en actitud altiva, con la mirada de conquistador, con el ligero pito entre los dedos y el tamboril colgado del brazo.



Buisson, ebrio de gloria, compraba los periódicos á docenas y los enviaba á su tierra.

Alguna que otra vez venía á verme, y me hablaba de sus triunfos: un ponche en el estudio de algún artista; reuniones en la buena sociedad; en el barrio de San Germán (se le llenaba la boca hablando del barrio de San Germán), donde el muy picarón agradaba á damas encopetadas, cuando sin cortarse contaba su cuento predilecto: el de que se le había ocurrido la idea de perfeccionarse en el pito una noche que, estando al pie de un olivo, había oído cantar á un rui señor...

Entretanto, como se trataba de que no perdiese la práctica y de conservar, á pesar de las mil distracciones de la vida de artista, la ligereza de los dedos y la frescura en la embocadura, á nuestro ingenioso joven provenzal se le ocurrió ensayar sustocatas y sus farándulas por las noches en pleno París, en el quinto piso de la casa de huéspedes donde vivía, en el barrio de Breda.



¡Tu... tul... ¡Pan... pan!...

Todo el barrio se consternó ante aquellos ruidos insólitos. La gente se amotina, se queja; Buisson no por eso deja de tocar cada vez con más entusiasmo, repartiendo por todas partes sus armonías y el insomnio, hasta que una noche la portera de su casa se niega á darle la llave.



Buisson se envolvió en su dignidad de artista, acudió, demandó á la portera ante el juez de paz, y salió triunfante. La ley francesa, dura para los músicos, y que destierra durante todo el año los cuernos de caza á los sótanos para no permitirles salir de allí más que el martes de Carnaval—un solo día de los trescientos sesenta y cinco—para que suenen al aire libre, la ley francesa no había previsto, según parece, el tamboril.

Desde el día de aquella victoria, Buisson no dudó ya de nada. Un domingo por la mañana recibo una carta: aquella tarde iba á hacerse oír en un gran concierto que daba en la sala del Chatelet. El deber y la amistad me hicieron ir á oírlo, no sin que me sintiera así como entristecido por cierto secreto presentimiento.

Entrada magnífica, lleno completo, ni una localidad desocupada. Decididamente nuestros reclamos habían producido su efecto. De pronto se levanta el telón: emoción general, silencio profundo. Yo di un grito de estupor. En medio de aquel inmenso escenario, hecho para

que seiscientos coristas y comparsas puedan maniobrar con desahogo, apareció Buisson con su tamboril, con un frac muy estrecho y unos guantes que le daban parecido con esos insectos de patas amarillas que dibuja Granville en sus fantasías, posados sobre instrumentos fantásticos. Yo le miraba con los gemelos y le veía agitar los brazos desmesurados y mover los dedos; evidentemente estaba tocando; el infeliz golpeaba furiosamente, y soplabá con todas sus fuerzas; pero en la sala no se oía ni un sonido. Aquello era demasiado grande; el escenario se lo comía. Era como si un grillo estuviera cantando en medio del Campo de Marte. Y no había medio de contar los agujeros del pito á aquella distancia, ni manera de hablar del ruiseñor y del olivo.

Yo estaba rojo de vergüenza. Veía las gentes de mi alrededor que estaban enfadadas, y oía murmurar:

—¿Qué quiere decir esta broma de mal género?

Las puertas de los palcos se abrían con estrépito; la sala iba quedándose



desocupada poco á poco. Sin embargo, como era un público culto, no silbó; pero dejó que el tamboril acabase de tocar en una completa soledad.

Yo le esperaba á la salida para consolarlo. ¡Vaya una tontería! Salía convencido de haber tenido un éxito enorme, y estaba más contento que nunca.

—Estoy esperando á Colonne para firmar la contrata, me dijo enseñándome un pliego de papel grande, lleno de sellos.

Aquella vez yo no pude contenerme; hice de tripas corazón, y dije brutalmente y de un tirón, sin tomar aliento, todo lo que pensaba:

—Buisson, nos hemos equivocado todos queriendo hacer que sorprenda en París la gracia de tu enorme tambor y la melodía de tu pito. Me he equivocado yo, se han equivocado Gautier y David, y, por carambola, te equivocas tú. ¡No, hijo, no eres un ruiseñor!...

—Esa idea se me ocurrió..., interrumpió Buisson.

—Sí, se te ocurrió, ya lo sé; pero no eres un ruiseñor. El ruiseñor canta en

todas partes; su canto es de todos los países, y en todos los países se aprecia. Pero tú, tú no eres más que una pobre cigarra, cuyo cantar seco y monótono sienta bien bajo los olivos, bajo los pinos que lloran la resina como si fuesen lágrimas de oro; bajo el vivo azul del cielo, al aire libre, en los días de sol, en los ribazos pedregosos de la Provenza; pero una cigarra ridícula, lamentable, aquí bajo este cielo ceniciento y con sus desmesuradas alas mojadas por la lluvia. Vuélvete á tu tierra; llévate el tamboril; toca en los bailes campestres; acompaña á las muchachas del pueblo en sus farándulas; conduce, tocando una marcha triunfal, á los vencedores en la lucha con los toros; allí eres un poeta, un artista; aquí serías un saltimbanqui no comprendido.

No me contestó; pero en su mirada de visionario, en sus ojos dulces de hombre testarudo, pude leer:

—Tú me tienes envidia.

Pocos días después, mi hombre, orgulloso como Artaban, vino á decirme que Colonne, otro imbécil como Hostein, no



había querido contratarle; pero que se le presentaba otro negocio, y que ese sí que era bueno, maravilloso: una contrata en un café cantante por ciento veinte francos cada noche, y firmado desde luego. En efecto, llevaba el papel. ¡Ah, qué papell...! Luego he sabido la verdad.

A no sé cuál empresario que estaba en quiebra, arrastrado, cegado por la corriente de la bancarrota, se le había ocurrido agarrarse á esa quebradiza rama que se llamaba la musiquilla de Buisson. Seguro de que no podría pagar, firmó todo lo que quisieron que firmase. Pero el provenzal no previa tanto: tenía un papel sellado, y ese papel sellado bastaba para su alegría.

Además, como se trataba de un café cantante, había sido necesario hacerse un traje.

—Me han vestido de trovador antiguo, me decía con graciosa sonrisa; pero como soy muy bien formado, no me sienta mal; ya verá, ya verá usted.

Y vi, en efecto.

En uno de los cafés cantantes de los alrededores de la puerta de San Dioni-

sio—tan en boga en los últimos años del Imperio—con el oropel de su ornamentación extravagante, mitad china, mitad persa; con pintarrajados y dorados más crueles á la vista á causa de la exageración de mecheros de gas y de farolillos; sus palcos proscenios cerrados con celosías, á los cuales iban algunas noches, para aplaudir las contorsiones de caderas y los berridos de alguna excéntrica diva, duquesas y embajadores; un mar de cabezas y de bocks, nivelados como las olas en tiempo de niebla; entre el humo de las pipas y el vapor de los alientos; sus camareros que corren; sus concurrentes que gritan; su director de orquesta con corbata blanca, impasible y digno, alborotando ó calmando, con un gesto á lo Neptuno, la tempestad de cincuenta instrumentos de metal; entre una romanza de un sentimentalismo estúpido, balada por una muchacha bastante bonita, que ponía ojos de carnero á medio morir, y una égloga de un verde muy subido, cínicamente aullada por una especie de Teresa de brazos muy colorados; en el escenario donde, bos-



teizando, estaban sentadas, formando corro y esperando á que les llegase el turno para cantar, una media docena de damiselas, vestidas de blanco, descotadas y carantoñeras, apareció de pronto un personaje, al cual no olvidaré en toda mi vida. Era Buisson, con el pito entre los dedos, el tamboril apoyado en la rodilla izquierda, en traje de trovador, como me había dicho. Pero ¡qué trovador! Un justillo (¡figuráoslo!) mitad verde manzana y mitad azul, una pierna encarnada y la otra amarilla y todo el traje estrecho, estrecho como si fuese á estallarle; un birrete con almenas, zapatos con punta hacia arriba, y con todo esto bigotes, aquellos bigotes suyos, largos y negros, á los cuales no había tenido valor para renunciar, y que se le venían á la boca como una cascada de betún.

Seducido probablemente por el gusto exquisito del traje, el público acogió al músico con un largo murmullo de aprobación, y mi trovador sonreía satisfecho, era feliz al verse delante de aquel auditorio simpático y sintiendo por detrás la ardiente mirada de las damiselas senta-

das en el escenario, que lo admiraban.

Pero fué muy distinto lo que sucedió tan luego como empezó la música. Los ¡tu... tu!... los ¡pan... pan!... no podían agradar á aquellos oídos estragados, como lo está el tragadero de quien abusa del alcohol y quemados por el vitriolo del repertorio de café. Y además, el público no era culto y bien educado como el del Chatelet.

—¡Basta!... ¡Basta!... ¡Que se lo lleven!  
¡Acaba ya, rata sabia!...

En vano Buisson trató de abrir la boca y de decir algunas palabras. Las banquetas fueron enarboladas; hubo necesidad de bajar el telón, y el trovador verde, azul, rojo y amarillo, desapareció entre una tempestad de silbidos, como pájaro desplumado al que arrebatase en sus remolinos un vendaval de los Trópicos.

¿Querréis creer que Buisson se empeñó en no darse por vencido? Las ilusiones crecen pronto y se desarraigan muy lentamente en el cerebro de un provenzal. Quince noches seguidas volvió á la carga, silbado siempre, sin que le pagasen nunca, hasta que las puertas del café.



concierto fueron cerradas por haberse declarado en quiebra el empresario.

Entonces empezó la voltereta desenfrenada. De silba en silba, de berrido en berrido, creyendo siempre en sus triunfos y siempre persiguiendo la quimera de una contrata, el tamborilero rodó hasta los tugurios de las afueras, donde se cantó con un piano desvencijado por toda orquesta, con gran satisfacción por parte de un público compuesto de boteiros derrengados y borrachos, y de gente de poco más ó menos que van á pasar un domingo de campo.

Una tarde—acababa de terminar el invierno y apenas había comenzado la primavera—pasaba yo por los Campos Elíseos. Un café cantante al aire libre de los que se ponen allí, más madrugador que los demás y adelantando la temporada, había colgado de los árboles, todavía sin hoja, sus farolillos de colores. Hacía niebla; el tiempo estaba triste. Oí un ¡tu... tul... ¡pan... pan!... ¡Él otra vez! Lo entreví á través de la claraboya, tocando en el tamboril un aire provenzal, delante de una media docena de

espectadores, que sin duda habían entrado con billetes de favor, y que tenían los paraguas abiertos para resguardarse de la humedad. No me atreví á entrar. En rigor, todo aquello era culpa mía. Tenía la culpa mi imprudente entusiasmo. ¡Pobre Buisson! ¡Pobre cigarra mojada!

